

Ramón del Valle Inclán [Ραμόν ντελ Βάγιε Ινκλάν]

El miedo [Ο Φόβος]

Traducción :Vasiliki Christakou

Μετάφραση :Βασιλική Χρηστάκου



Ramón María de Valle Inclán nace en Vilanova de Arousa, provincia de Pontevedra en Galicia el 28 de octubre de 1866. En 1886 comienza sus estudios de Derecho en Santiago de Compostela, por donde empieza su camino literario. Más tarde en las tertulias madrileñas, traba amistad con Maeztu, Martínez Ruiz, los hermanos Pío Baroja, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, los Machado y Rubén Darío entre otros.

Valle Inclán apoyará entusiásticamente la República y presentará su candidatura a diputado en las elecciones de junio de 1931 incluido en las listas del Partido Radical, pero fue derrotado.

La literatura de Valle-Inclán es, indudablemente una sabiduría, pero también un placer. Algunas veces descubre aspectos insólitos del acontecer colectivo, del comportamiento humano, del oculto espacio de lo histórico. Otras fascina con la escandalosa ambición por encontrar la expresión adecuada, penetrante, precisa, o desveladora. En Valle-Inclán se suele reír de las caricaturas y deformaciones de tantos personajes de todo rango ofrecidos a los espectadores, hasta que, en un momento crucial, se entera de que es toda España la que se retrata simbólicamente a través de los selectos personajes y espectador o lector español dejan de reírse; lo cómico cambia de signo y se transforma en tragicómico hasta llegar a veces a lo trágico.

Valle-Inclán, "hijo pródigo del 98" (según la frase acertada de Pedro Salinas), nos presenta un vasto panorama de la cultura hispánica como deformación: deformación de la cultura clásica, de la cultura europea, quizá deformación de la propia cultura hispánica en sus mejores momentos.

La voz la más poética y más armoniosa de poeta, la más española de los continentes americanos, Rubén Darío, elogiará al gran creador en su poema "Balada laudatoria a don Ramón de Valle Inclán :

*Señor, que en Galicia tuviste cuna,
mis dos manos estas flores te dan,
amadas de Apolo y de la Luna,
cuya sacra influencia siempre nos una,
don Ramón María del Valle-Inclán.*

Ο Ραμόν Μαρία ντε Βάλιε Ινκλάν γεννήθηκε στην Βιλανόβα της Αρούσα, επαρχία της Ποντεβέρδα στην Γαλικία το 1866. Το 1886 αρχίζει τις σπουδές του στα νομικά στο Σαντιάγκο ντε Κομποστέλα, από όπου και ξεκίνησε την λογοτεχνική του πορεία το 1888.

Αργότερα στη Μαδρίτη θα ερθει σε στενή επαφή και φιλία με τους Μαέτσου, Μαρτίνεζ Ρούιθ, Ουναμούνο, Χουάν Ραμόν Χιμένεθ, τους αδελφούς Ματσάδο, τον Ρουμπέν Νταρίο και άλλους. Θα στηρίξει με ενθουσιασμό την Ρεπούμπλικα και θα βάλει υποψηφιότητα για βουλευτής τον Ιούνιο του 1931 με το Ριζοσπαστικό Κόμμα, αλλά θα ηττηθεί.

Το λογοτεχνικό έργο του Ραμόν ντε Βάλιε Ινκλάν είναι μια απόλαυση και συνάμα μια σοφία. Πολλές φορές ανακαλύπτει όψεις ασυνήθιστες της ανθρώπινης συμπεριφοράς, του συλλογικού γίνεσθαι και της σκοτεινής απεραντοσύνης του ιστορικού. Άλλες φορές γοητεύει η σκανδαλώδης φιλοδοξία του να βρει την σωστή, ακριβή, διεισδυτική η αποκαλυπτική έκφραση των νοημάτων. Έγραψε θέατρο, νουβέλες, ποιήματα και διηγήματα. Η παραμόρφωση (το εσπερπέντο) και οι καρικατούρες των χαρακτήρων πάσης φύσης που υπάρχουν στη θεατρική του παραγωγή, προκαλούν τον γέλωτα μέχρι την στιγμή που ο θεατής θα καταλάβει ότι σκιαγραφείται αυτή η ίδια η Ισπανία και θα πάψει να γελά. Το κωμικό αλλάζει πρόσημο και μετατρέπεται σε κωμικοτραγικό μέχρι να φτάσει στο τραγικό.

Βάλιε Ινκλάν, ο “άσωτος υιός της γενιάς του 98” (σύμφωνα με την πετυχημένη φράση του Πέδρο Σαλίνας), παρουσιάζει στο έργο του όλο το πανόραμα της ισπανικής κουλτούρας: παραμόρφωση της κλασικής κουλτούρας, της ευρωπαϊκής κουλτούρας, ίσως και παραμόρφωση της ισπανικής κουλτούρας στις καλύτερες της στιγμές.

Η πιο ποιητική και αρμονική φωνή, η πιο ισπανική της αμερικάνικης γης, ο Ρουμπέν Νταρίο, θα πλέξει το εγκώμιο του στο ποίημά του “Μπαλάντα-έπαινος στον δον Ραμόν ντε Βάλιε Ινκλάν”:

*Κύριε, τέκνο αυθεντικό της Γαλικίας εκείνης
Τα δυο μου χέρια αυτά τα άνθη σου περνάν,
εραστές του Απόλλωνα και της Σελήνης,
στην ιερή επιρροή τους η ένωσή μας πάντα,
δον Ραμόν ντε Βάλιε Ινκλάν.*

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fue hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar, fui granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo y hoy ando cerca de ser un viejo caduco. Antes de entrar en el Regimiento mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro pazo solariego, y allá fui sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior de Brandeso para que viniese a confesarme en la capilla del Pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron a coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia:

-Vete a la tribuna, hijo mío. Allí estarás mejor...

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar. El sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes. Los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios. Su túnica de seda bordada de oro brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero como si se afanase por volar hacia el Santo.

Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejaran aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna, solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas

las palabras rituales de la oración. La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar. Sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio. Era mi madre, que sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal. Yo entonces veía en el cielo, ya oscura, la faz de la luna, pálida y sobrenatural como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos...

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes, nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguirlas y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

-¡Aquí, *Carabel!* ¡Aquí, *Capitán!*...

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

-Ahora veremos qué ha sido ello... Cosa del otro mundo no lo es, seguramente...
¡Aquí, *Carabel!* ¡Aquí, *Capitán!*...

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla:

-¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con voz ahogada:

-¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro...!

El Prior atravesó lentamente la capilla. Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey. Llegó hasta mí, sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

-¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey...!

No levantó la mano de mi hombro, y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior se sacudió:

-¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos o brujas!

Y se acercó al sepulcro y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin despegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco, negro y frío, quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos las sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba por todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco:

-Señor Granadero del Rey, no hay absolución ... ¡Yo no absuelvo a los cobardes!

Y con rudo empaque salió sin recoger el vuelo de sus blancos hábitos talaes. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis oídos. Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas he sabido más tarde sonreír a la muerte como a una mujer!

Αυτή τη μακρόσυρτη και αγωνιώδη ανατριχίλα που μοιάζει σαν προάγγελος του θανάτου, την πραγματική ανατριχίλα του φόβου, την ένιωσα μόνο μια φορά. Ήταν πριν πολλά χρόνια, εκείνη την καλή εποχή του νόμου των πρωτότοκων, όταν για να γίνεις στρατιωτικός προαπαιτούνταν τίτλος ευγένειας. Εγώ μόλις είχα αποκτήσει τα παράσημα του Δόκιμου Ιππότη. Θα προτιμούσα να έχω μπει στην Φρουρά της Βασιλικής Οικογένειας • αλλά η μητέρα μου διαφωνούσε και ακολουθώντας την οικογενειακή παράδοση έγινα στρατιώτης στο Σύνταγμα του Βασιλέως. Δεν θυμάμαι με σιγουριά πότε ήταν, αλλά τότε ήμουν αμούστακος νεαρός και τώρα κοντεύω να γίνω ένας γέρος τελειωμένος. Πριν μπω στο Σύνταγμα η μητέρα μου θέλησε να με ευλογήσει. Η καημένη η γυναίκα ζούσε αποτραβηγμένη στο βάθος ενός χωριού, όπου βρισκόταν το πατρικό μας αρχοντικό και εκεί έσπευσα συγκαταβατικός και υπάκουος. Το ίδιο απόγευμα που έφτασα έστειλε να ψάξουν τον Ηγούμενο του Μπραντέσο για να έρθει να με εξομολογήσει στο εκκλησάκι του αρχοντικού. Οι αδελφές μου Μαρία Ιζαμπέλ και Μαρία Φερνάντα, που ήταν κοριτσάκια, κατέβηκαν να μαζέψουν τριαντάφυλλα στον κήπο και η μητέρα μου γέμισε με αυτά τα ανθοδοχεία της Αγίας Τράπεζας. Μετά με φώναξε χαμηλόφωνα για να μου δώσει το προσευχητάρι και να μου πει να θέσω επί τάπητος την συνείδησή μου:

-Έλα στο βήμα, παιδί μου. Εκεί θα είσαι καλύτερα...

Το εξέχον βήμα βρισκόταν δίπλα από το Ευαγγέλιο και επικοινωνούσε με την βιβλιοθήκη. Το εκκλησάκι ήταν υγρό, σκοτεινό, με αντήχηση. Πάνω στο τέμπλο δέσποζε το εσκούδο, μια παραχώρηση τίτλου αριστοκρατίας εκ μέρους των Καθολικών Βασιλέων στον αφέντη του Μπραντομίν, Πέδρο Αγκιάρ ντε Τορ, επονομαζόμενο ο Τράγος και επίσης ο Γέρος. Εκείνος ο ιππότης ήταν θαμμένος στα δεξιά της Αγίας Τράπεζας. Πάνω στον τάφο βρίσκονταν το άγαλμα σε στάση προσευχής ενός πολεμιστή. Η λάμπα του πρεσβυτέρου φώτιζε μέρα-νύχτα μπρος από το τέμπλο, σκαλισμένο σαν ψιλοδουλεμένο βασιλικό κόσμημα. Τα χρυσά τσαμπιά από το ευαγγελικό κλήμα έμοιαζαν σαν να προσφέρονται φορτωμένα με φρούτα. Ο προστάτης άγιος ήταν εκείνος ο ευσεβής Βασιλιάς Μάγος που πρόσφερε μύρα στο Θείο Βρέφος. Το ράσο του κεντημένο με χρυσό άστραφτε με την αυθεντική λαμπρότητα ενός θαύματος της Ανατολής. Το φως της λάμπας, ανάμεσα στις ασημένιες αλυσίδες, είχε ένα δισταχτικό φτερούγισμα φυλακισμένου πουλιού σαν τούτο να πάσχιζε να πετάξει προς τον Άγιο.

Η μητέρα μου ήθελε να είναι τα δικά της χέρια αυτά που θα αφήναν εκείνο το απόγευμα στα πόδια του Βασιλιά Μάγου τα ανθοδοχεία γεμάτα τριαντάφυλλα σαν προσφορά της θεοσεβούς της ψυχής. Στη συνέχεια, συνοδευόμενη από τις αδελφές μου, γονάτισε μπροστά στην Αγία Τράπεζα. Εγώ, από το βήμα, άκουγα μόνο το ψιθύρισμα της φωνής της,

που συνόδευε ξεψυχισμένα τις προσευχές στην Παναγία· αλλά όταν ήρθε η σειρά των αδελφών μου να απαντήσουν, άκουγα όλα τα τελετουργικά λόγια της προσευχής. Το απόγευμα έφτανε στο τέλος του και οι προσευχές ηχούσαν στην σιωπηλή σκοτεινιά της εκκλησίτσας, βαθιές, θλιμμένες, υποβλητικές, σαν μια ηχώ των Παθών. Εγώ μισοκοιμόμουν στο βήμα. Οι μικρές πήγαν και κάθισαν στα σκαλιά του ιερού. Τα ρούχα τους ήταν λευκά σαν το λινό των εκκλησιαστικών υφασμάτων. Διέκρινα πλέον μόνο μια σκιά που προσευχόταν κάτω από την λάμπα του πρεσβυτέρου. Ήταν η μητέρα μου, που κράταγε μέσα στα χέρια της ένα βιβλίο ανοιχτό και διάβαζε με το κεφάλι σκυμμένο. Κάπου κάπου ο αέρας κούναγε την κουρτίνα κάποιου παράθυρου ψηλά. Εγώ τότε κοίταζα στον ουρανό, σκοτεινό πλέον, το πρόσωπο της σελήνης, γλωμό και υπερφυσικό σα μια θεά που έχει το ιερό της στα δάση και τις λίμνες...

Η μητέρα μου έκλεισε το βιβλίο βγάζοντας ένα αναστεναγμό και ξαναφώναξε τις μικρές. Είδα τις λευκές τους σκιές να διασχίζουν το πρεσβυτέριο και διέκρινα να γονατίζουν πλάι από την μητέρα μου. Η φλόγα της λάμπας τρεμόπαιζε με ένα αδύνατο φως πάνω στα χέρια που ξανάνοιγαν το βιβλίο. Μέσα στην ησυχία η φωνή διάβαζε ευλαβική και αργή. Οι μικρές άκουγαν και φαντάστηκα τα μαλλιά τους να χύνονται πάνω στο λευκό του ρούχου τους και να πέφτουν στα πλαϊνά του προσώπου τους συμμετρικά, θλιβερά, ταλαιπωρημένα.

Είχα αποκοιμηθεί και ξαφνικά με τρόμαξαν οι στριγκλιές των αδελφών μου. Κοίταξα και τις είδα στη μέση του πρεσβυτέρου κολλημένες στη μητέρα μου. Τσίριζαν τρομοκρατημένες. Η μητέρα μου τις πήρε από το χέρι και την κοπάνισαν και οι τρείς. Κατέβηκα βιαστικά. Θα τις ακολουθούσα μα έμεινα κόκκαλο από τον τρόμο. Στον τάφο του πολεμιστή κοπανιόταν μεταξύ τους τα κόκκαλα του σκελετού. Μου σηκώθηκαν οι τρίχες της κεφαλής. Το εκκλησάκι είχε μείνει στην απόλυτη σιωπή και ακουγόταν αποκλειστικά το υπόκωφο και τρομακτικό πήγαινε έλα του κρανίου πάνω στο πέτρινο μαξιλάρι του. Ένιωσα τέτοιο φόβο όσο ποτέ, αλλά δεν ήθελα η μητέρα μου και οι αδελφές να με περάσουν για δειλό και έτσι έμεινα ακίνητος στο κέντρο του πρεσβυτέρου, με τα μάτια καρφωμένα στην μισάνοιχτη πόρτα. Το φως της λάμπας τρεμόπαιζε. Ψηλά η κουρτίνα κάποιου παράθυρου λικνιζόταν, τα σύννεφα πέρναγαν μπροστά απ' το φεγγάρι και τα αστέρια άναβαν και έσβηναν σαν τις ζωές μας. Ξαφνικά, από μακριά ήχησε ένα χαρούμενο γαύγισμα σκυλιών και μουσική από κάλαντα. Μια αυστηρή και εκκλησιαστική φωνή καλούσε:

-Εδώ, Καραμπέλ! Εδώ, Καπιτάν...!

Ήταν ο Ηγούμενος του Μπραντέσο που έφτανε για να με εξομολογήσει. Μετά άκουσα τη φωνή τη μητέρας μου τρεμάμενη και φοβισμένη και ξεχώρισα την παιχνιδιάρικη

κούρσα των σκυλιών. Η αυστηρή και εκκλησιαστική φωνή ανέβαινε αργά σαν γρηγοριανός ύμνος:

-Τώρα θα δούμε τι ήταν αυτό...Κάτι απόκοσμο δεν είναι, σίγουρα...Εδώ, Καραμπέλ!
Εδώ Καπιτάν!

Και ο Ηγούμενος του Μπραντέσο, επικεφαλής των σκυλιών του, εμφανίστηκε στην πόρτα της εκκλησιούλας:

-Τι τρέχει, κύριε Στρατιώτη του Βασιλέως?

Εγώ απάντησα με φωνή πνιχτή:

-Κύριε Ηγούμενε, άκουσα να τρέμει ο σκελετός μέσα στον τάφο...!

Ο Ηγούμενος διέσχισε αργά το εκκλησάκι. Ήταν ένας άνδρας υπερόπτης και κάθετος. Στα νιάτα του είχε διατελέσει και αυτός Στρατιώτης του Βασιλέως. Έφτασε ως εμένα, χωρίς να μαζέψει τα ανεμίζοντα λευκά μιάτια του και βάζοντας μου το χέρι στον ώμο και κοιτάζοντάς με στο κάτωχρο πρόσωπό, είπε με σοβαρότητα:

-Μακάρι να μην μπορέσει να πει ο Ηγούμενος του Μπραντέσο ότι είδε ένα Στρατιώτη του Βασιλέως να τρέμει...!

Δεν σήκωσε το χέρι από τον ώμο μου και παραμείναμε ακίνητοι, κοιτώντας ο ένας τον άλλον χωρίς να μιλάμε. Μέσα σε εκείνη τη σιωπή ακούσαμε να τσουλάει η νεκροκεφαλή του πολεμιστή. Το χέρι του Ηγούμενου δεν έτρεμε. Στο πλάι μας τα σκυλιά τέντωναν τα αυτιά με το λαιμό τρομαγμένο. Ξανακούσαμε να κυλάει η νεκροκεφαλή πάνω στο πέτρινο μαξιλάρι. Ο Ηγούμενος ταρακουνήθηκε:

-Κύριε Στρατιώτη του Βασιλέως, πρέπει να ξέρουμε αν υπάρχουν ξωτικά ή μάγισσες!

Και πλησίασε τον τάφο και έπιασε με το ένα χέρι τους δύο κρίκους, ένθετους στην μία από τις ταφόπλακες, εκείνη που είχε τον επιτάφιο. Πλησίασα τρέμοντας. Ο Ηγούμενος με κοίταξε χωρίς να ανοίξει το στόμα του. Εγώ έβαλα το χέρι μου πάνω στο δικό του σε ένα κρίκο και τράβηξα. Αργά σηκώσαμε την πέτρα. Το κενό, μαύρο και κρύο, έμεινε μπροστά μας. Εγώ είδα ότι η έρμη και κιτρινωμένη νεκροκεφαλή ακόμα κουνιόταν. Ο Ηγούμενος άπλωσε ένα χέρι μέσα στον τάφο για να την μαζέψει. Την έπιασε τρέμοντας. Εγώ βρισκόμουν στο κέντρο του πρεσβυτέρου και το φως της λάμπας έπεφτε στα χέρια μου. Καρφώνοντας τα μάτια τα τίναξα με τρόπο. Είχα μέσα τους μια φωλιά από οχιές που ξεπόρτιζαν σφυρίζοντας, ενώ η νεκροκεφαλή κουτροβαλούσε σε όλα τα σκαλοπάτια του πρεσβυτέρου. Ο παπάς με κοίταξε με τα μάτια του του πολεμιστή που γυάλιζαν κάτω από την κουκούλα σαν κάτω από την προμετωπίδα ενός κράνους:

-Κύριε Στρατιώτη του Βασιλέως, δεν υπάρχει άφεση...! Εγώ δεν συγχωρώ τους δειλούς!

Και με μια άγαρμπη σοβαροφάνεια βγήκε χωρίς να μαζέψει τα ανεμίζοντα μακριά λευκά μιάτια του. Τα λόγια του Ηγούμενου του Μπραντέσο ηχούσαν για πολύ καιρό στα αυτιά μου. Ηχούν ακόμα. Μάλλον εξ αιτίας τους έμαθα αργότερα να χαμογελώ στο θάνατο όπως σε μια γυναίκα!